

SUAREZ HUMANISTA

Por JOSE IGNACIO GONZALEZ

(Conferencia leída por su autor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana).

El humanismo es el naufrago de esta hora tormentosa porque atravesamos. Nada en efecto tan equívoco y vario, ni rótulo que cobije y ampare tan diversos contenidos. Fue quizás en la época de Cicerón, cuando empezó su fragorosa carrera el vocablo. Significaba entonces la aplicación al estudio de los grandes maestros griegos, cuando ellos llegaron con Livio Andrónico y comenzaron a desbrozar la espesa costra del rusticismo romano. Y entre protestas, como la de Catón el antiguo, no obstante, se va imponiendo y logra aquella magnífica floración de los Tulios, Virgilio, Horacios, Catulos y Lucanos. Y entre caídas y ascensiones llega hasta el fin del imperio. Este se deshace cuando sufre la tremenda acometida de los padres y apologistas cristianos que más tarde, sin embargo, logran aquella admirable simbiosis que simboliza San Agustín Padre y Doctor de la Iglesia y maestro en letras humanas y divinas. Aquéllas las de los paganos, pero bautizadas y atenuadas con el fulgor perenne de la doctrina de la revelación y el evangelio.

El escolasticismo moderó el paso y levantó un rígido sistema intelectualista que tiene su expresión en la Suma de Santo Tomás para llegar después con el grito del humanismo renacentista que cree descubrir al hombre, con tal ardor y audacia que corta sus amarras ancladas en la divinidad que trasciende al hombre terrenal. Del teocentrismo se pasa al homocentrismo y empieza entonces su pasión. Aquellas fornidas humanidades recrean el mundo. Piensan renacerse sobre las ruinas de unos bárbaros góticos que han entristecido la vida. La savia revienta por doquier e inunda de plétorica vitalidad a pintores, poetas, estadistas y sabios que en un optimismo puramente terrestre engendran el naturalismo y el racionalismo que se dicen no necesitar inspiración ni aliento extraterreno. Empiezan a madurar y recorren toda la filosofía y la ciencia, hasta fines del siglo diez y ocho y primeras

décadas del diez y nueve, cuando ya se anuncia su muerte a manos de sus mismos representantes: Kant, Hegel y los desventurados positivistas y pragmatistas. Qué mucho pues que sea ahora cuando se habla de un humanismo de masas con base en las ciegas y furentes doctrinas que ha creado el marxismo. Se ha pervertido aquella concepción de la vida, se ha anonadado la pura esencia humana que buscaba liberarse en la contemplación de lo divino o en la peregrinación por los ideales platónicos, para llegar, no únicamente a la individualidad del complejo humano, sino por sobre todo a la presencia en nosotros, dándonos sentido y vida en la concepción de la persona humana y sobrenatural, debida a la encarnación del Hijo de Dios. Las fuerzas fallan; se debilitan o extravían los espíritus, sin brújula ni norte, apenas se borra del cielo del hombre la estrella polar de sus destinos. Negado el cristianismo, el espíritu de libertad no ha podido engendrar otra cosa que dispersión y desorden. Y en restaurarlo están empeñadas las mejores inteligencias angustiadas por el derrumbe de tan caros ideales que amenazan los restos de una civilización amasada en dos mil años de construcción. El humanismo no es otra cosa que la asimilación de los más altos valores de la humanidad precristiana y su síntesis vital con los valores supremos del cristianismo, con lo que se llega a realizar un tipo superior de hombre en que la esencia humana logra florecimiento y plenitud. "Humanista es, quién, sin mengua de la filial devoción a la patria sabe ser y sentirse "ciudadano del mundo"; sin temor al mentís de la engañosa realidad efímera, sabe creer en la inverosímil pero perdurable realidad: en la victoria final del derecho sobre la fuerza, de la persona, dueña de sí misma, sobre el hombre-masa y sobre el dios-estado, de la psicología y la moral, sobre la biología y la mecánica, del espíritu libre, sobre la esclava materia, de la inteligencia ordenadora de Anaxágoras, sobre el ciego Acaso de Demócrito, de la libertad de los hijos de Dios, sobre la oscura tiranía del error y del mal, de la vida sobre la muerte. Humanista cristiano es el que cree en la humanidad, caída sí, pero redimida por Cristo y sublimada por su gracia a destinos sobrehumanos y eternos. Porque el humanismo cristiano es un super-humanismo; más no como el de Nietzsche, orgulloso y anticristiano y utópico, sino como el de Dante, como el de Fray Luis de León, como el de Luis Vives: superhumanismo o sobrehumanismo teocéntrico, pero hondamente enraizado en el fecundo limo primordial; sobrenatural y naturalísimo; nacional y "cosmopolita" —en la dignidad etimológica de esta noble palabra hoy profanada por los trotamundos vacíos—; fiel a la tradición en lo que ésta tiene de perenne y vivaz, pero ávido de nueva luz y transido siempre por uno como temblor de alumbramiento. Humanista es quien, aspirando el perfume de las viejas rosas inmarcesibles, lo acendra y lo transfunde en las rosas juveniles que hoy abren sus pétalos bajo el ojo paterno y siempre joven del sol" (M. Plancarte).

De este fermento legítimo proviene el nuestro que arranca de los conquistadores, empezando por aquel letrado y humanista Don Gonzalo Jiménez de Quezada, cronista, prosador y que en las letras humanas morigeró los rigores de conquistador; seguido de cerca por el patriarca de nuestras letras el beneficiado y cronista, sabedor de lati-

nes y humanidades que desde su curato iluminó con luces apacibles y a veces chispeantes, las figuras de nuestros conquistadores; descubridores que portaban la cruz y la espada y así rezaban en su lengua ya forjada imperialmente y hecha, según magnífica expresión, para conversar con Dios. Humanista fue la cultura en nuestra colonia y de la cual sacaron aquel temple, sobrehumano a veces, los guerreros y estadistas que crearon la república y le dieron leyes y constituciones que llevan impreso el sello de los grandes teólogos y juristas españoles, de aquellos que forjaron las leyes de Indias y le dieron marco y doctrina a la conquista, hecha no para cebo de ambiciones ni asentada sobre el dolor y las lágrimas de razas inferiores, sino en nombre de la igualdad humana con miras a la divulgación del Evangelio en las tribus, que desde entonces dejaron de adorar el sol y las fuerzas de la naturaleza para transmirar hacia quien las creó.

Sería ímproba labor hacer la historia, siquiera breve, del humanismo en Colombia hasta llegar a Caro y Cuervo, discípulos de Bello, de quienes proviene en legítima descendencia nuestro sabio, filólogo, humanista y escritor sin par en la literatura patria, Don Marco Fidel Suárez. Bello, Caro, Cuervo y Suárez, son los creadores de una nueva filología e interpretación lingüística que salvan en un momento crítico los destinos de la lengua castellana. Nos enorgullece que en un momento de desorientación y agotadas en España las fuentes de la creación poética, un hispanoamericano hubiera llevado allá la nueva escuela que ha producido los altos valores que hoy constelan el cielo de la literatura y no hemos insistido lo suficiente en hacer resaltar que aquella cifra de sabios hubiera resuelto el estancamiento que paralizó la lengua cuando precisamente necesitaba más flexibilidad para acomodarse a los nuevos hechos. Entonces aparece Bello con su gramática; Bello que de filólogo se torna gramático para adoctrinar a los nuevos pueblos y llevar a la estática Academia de España la doctrina renovadora que la salva del confusiónismo de una nueva Babel. Bello intuyó con un atisbo genial los destinos de la lengua y si fue grande Nebrija cuando escribió la primera gramática de lengua vulgar en los instantes en que España doblaba el mundo y completaba su redondez, aquel esfuerzo de creación hubiera sido ineficaz si no es que Bello vincula a ese carro imperial naciones que por él siguen viviendo no ya en el dominio de Austrias y Borbones pero si en el espíritu de la España generosa. Si políticamente marchamos después tras de los credos de la revolución francesa y nos fuimos perdiendo en ideologías cada vez más radicales hasta casi quedar desarraigados de nuestro tronco nutricio y si no paramos en el abismo se debió a la sabia concepción de la lengua común, síntesis de patrias.

Y qué lengua: si tosca por marcial en sus comienzos, va adquiriendo blanduras con las gracias y salacidades del Arcipreste para volver a cierta rigidez en el monumento de las Siete Partidas de Don Alfonso que la creara con vida oficial y en ella ejemplarizara con sus tiernas cantigas a la Virgen; con el otro Arcipreste se hace narrativa y moralizadora para dar un salto con el bachiller Rojas, que en la Celestina se aborrasca en pavorosa tragedia y se melifica en las pláticas amorosas de Calixto y Melibea. Ya camina retozona por caminos y

cortes, salerosa y pintoresca con el innominado prosista del Lazarillo que es escabel para Cervantes que la hace entonces universal; y con los Luises habla de las grandezas del Creador y quema con las visiones de Teresa y San Juan de la Cruz; Quevedo y Gracián la hacen sentenciosa y sintética, para después avellanarse en el siglo del francismo que es cuando aparece la docta academia para buscar fijeza y esplendor a su manto desteñado.

El siglo diez y nueve, para sus primeras décadas, las señalan los historiadores como el comienzo de la nueva filología que dejó de ser mera historia de interpretaciones cansadas sobre muertos infolios, labores de eruditos alejandrinos sobre textos griegos que para la enseñanza vertían correcciones y los ordenaban. Fue una fecunda revolución: se fue a ellos mismos, no para ordenarlos pacientemente e interpretarlos a la luz de una erudición decadente sino para vivirlos con los auxiliares que hoy son imprescindibles: la arqueología y demás ciencias auxiliares de la historia, perdiendo con ello su carácter pedagógico. Pero lo grande y lo que va a torcer el curso de los hechos, es, cuando quizás por una casualidad, como ha ocurrido con todos los grandes inventos, la curiosidad por el cotejo de ciertas palabras hace ver un rudimentario parentesco que les da cierta unidad de origen y a la luz de ese nuevo principio se crean los grupos lingüísticos que hoy dominan la nueva ciencia. Está creada la lingüística comparativa y como consecuencia el formidable hecho de su historicidad y evolución de las lenguas, de la cual se opoderan las corrientes filosóficas subyacentes: naturalismo, positivismo, idealismo, impresionismo y como jefe de cada una de ellas los grandes maestros de lingüística moderna: Humboldt, Bopp, Saussure, Vosler, Meillet, etc.

Bello bebió en los primeros maestros. Amado Alonso nos dice que tal vez fue Humboldt el primero y el más grande de quien oyó de viva voz los nuevos descubrimientos. Pero no es posible que tanta doctrina como instila el caraqueño haya tenido sólo esa gran fuente. Sin duda es en su mente filosófica, y mucho podría rastrearse en la "Filosofía del Entendimiento", donde apuntan algunas de sus nuevas teorías filológicas o lo más probable que su larga estadía en Londres le permitiera conocer las nuevas que nacían. En todo caso, aparte de sus anteriores estudios filológicos: la teoría del verbo castellano y sus lucubraciones de la poesía castellana de la Edad Media, el prólogo a su gramática aparecida en 1847 basta para nuestro intento ya que en él hay un gran acopio de doctrina y de lo que significa su gramática marcando además el rumbo de los nuevos estudios de tanta fecundidad que hoy tienen más vigencia que cuando aparecieron. Y el mejor expositor de esta doctrina de Bello es sin duda Don Marco Fidel Suárez. Caro y Cuervo sabios, prolijos, como que el primero en sus estudios filológicos, en su gramática de la lengua latina escrita en colaboración con Cuervo y las Notas a la Ortología de Bello y el "Tratado sobre Participio" y tantos otros, ostenta hondos conocimientos de filología romántica; y el segundo con sus monumentales diccionarios y copiosos ensayos lingüísticos y las nunca bien ponderadas "Apuntaciones Críticas al Lenguaje Bogotano" dan a nuestro siglo diez y nueve el carácter universitario que lo distingue y lo hizo célebre y conocido

en países extranjeros. El señor Suárez aportó tanta luz y tanta sagacidad en su parte crítica, que sin exagerar hay que concluir que el prólogo de nuestro coterráneo a la gramática de Don Andrés Bello, lo gradúa de filólogo, lingüista y humanista y con tales atributos no deja palidecer el brillo de aquellos sabios y se muestra sucesor y continuador de sus glorias. Filólogo a la nueva manera desde la noche memorable en que brilló con propia luz en el cielo patrio, aquel joven hasta ese momento desconocido, fue creciendo indeficientemente hasta el último de sus "Sueños", próximo ya a la transfiguración definitiva. Suárez acomete con instrumentos adecuados el estudio de la gramática de Bello y cala desde el primer momento los nuevos fenómenos lingüísticos. No es un simple comentario de filólogo apollillado sino que investiga la ciencia de Bello a la luz de los maestros anteriores: el Brocense, Prisciano, Covarrubias, Dionisio Tracio, Donato, López de Velasco, Alderete, Nebrija y los nuevos: Humboldt, Hervás, Max Müller, Pot, Bop, Port Royal etc. y como consecuencia de la investigación, la adición de teorías propias y las correcciones acertadas: Que no es aquélla una gramática servil de los métodos hasta entonces conocidos; que se aparta fundamentalmente de los rutinarios sistemas que seguían asfixiando a los estudios gramaticales en el zapato chinesco de la gramática general y que aplicaban al castellano los criterios de la gramática latina. Con lingüístico método, Suárez hace accesibles a las inteligencias las filosofías con que Bello pondera sus teorías gramaticales. Si éste, como dijimos, se hace gramático, aquél de gramático se torna en filólogo. Hay momentos en que Bello pierde el rumbo que se ha fijado. Pero allí está Suárez para enderezar y corroborar las teorías. El maestro de Caracas como filósofo que fue, primero que gramático, vuelve a la concepción de que la gramática, el lenguaje, ha de ser exacta reproducción del pensamiento. ¿No es acaso el logos, por misteriosa coincidencia el mismo pensamiento? Entonces Suárez enarbolaba las nuevas armas y le recuerda al maestro que el peregrino vocablo hecho para expresión de tantas posibilidades, rara vez se ajusta a las leyes de la lógica y que por ello escapa a toda definición y que nos puedan hablar sin hacer caso "de grises teorías", de impresionismo en el lenguaje, asimilándolo a lo que ocurre en la pintura o quedándose sólo en la expresión brotada en un raptó intuicional conformándolo al fenómeno social como quieren Croce, Vosler, Saussure. Qué queremos, si el maestro del fenomenismo lleva hasta el lenguaje sus disquisiciones y Heidegger con hondura ontológica nos dice "que en la palabra habita el ser". Cuando el hecho es contrario, es decir, cuando Bello olvida la lógica, Don Marcos advierte: "Puede estudiarse la luz solar reflejada por el espejo de un lago; en ella es posible distinguir, diversos del sol, dorados corpúsculos y ondas brillantes; pero, siguiendo el curso del haz al fin se llega al foco del lumínar celeste".

Y de aquí la amplitud de Suárez para fundamentar que si la gramática es por un aspecto manera de comunicación intelectual que tiene que uniformar la gramática, relacionándola pero no identificándola con la lógica, es también arte y poesía y se tiene que inspirar en el hablar de la gente docta con que Bello había adicionado la manida definición de la gramática. Qué sagacidad y qué finuras literarias en

esa ampliación que parece extraída de Don Alfonso El Sabio, para quien el castellano correcto era aquel que hablaban los caballeros cultos de su corte, que era la misma habla del pueblo de Castilla pero enaltecida por el uso que de ella hacían las personas educadas: "Que no se utilicen palabras cazaras, rústicas, que no deben ser dichas ante homes buenos quanto más decirlas ellos mismo, e mayormente el rey y agrega que daño muy grande viene al rey e a los otros homes cuando dixieren palabras malas e villanas". ¿Y también, no se impregna el habla de "la humedad del afecto" que la pretendida lógica nunca logra absorber del todo, modalidad sensitiva y patetismo en que bulle la energía vital de las lenguas, manifestada a la vez en los caprichos populares y en las excelsitudes poéticas? Los caprichos populares y las hablas regionales nos trasladan desde aquellos empeños imperiales y desde los dominios áureos de la lengua de Castilla hasta nuestra América, es decir, al fenómeno de la evolución lingüística que aquí se cumple, sumando, no sustrayendo importancia, ni brillo ni decoro a la lengua peninsular. ¿Cómo no habría Suárez de apreciar la índole de la base lingüística del español americano? El español americano, nos adoctrina Amado Alonso, es la forma que fue adquiriendo en su marcha natural el idioma que hablaban los españoles del siglo diez y seis, los de mil quinientos y los de mil seiscientos y unos decenios del diez y siete. Se puede afirmar, continúa el malogrado maestro, que el idioma llevado a las tierras nuevas era el español popular, entendiendo el término pueblo en su sentido recto y noble, no sinónimo de gente ineducada y plebeya. Sí; la base lingüística del español en América fue la nivelación realizada por todos los expedicionarios en sus oleadas sucesivas durante el siglo diez y seis.

Aquella evolución señala en su marcha transformación de fonemas y aporte de vocabulario o de frases, sin contar los viejos oros que quedan aún en las entrañas populares, soterrados en los sedimentos de los siglos coloniales. Todos estos tesoros los saca a la luz Don Marcos a lo largo de sus "Sueños" con que ameniza los pesados parlamentos de sus fingidos personajes o cuando justifica ciertos giros morfológicos o sintácticos en la parte crítica de sus "Estudios Gramaticales", que se vuelven todos ellos manantial encantado de plácidas y esmaltadas riveras en aquel maravilloso ensayo "El castellano en mi tierra", donde puso todas sus complacencias, ya que volvía a su memoria con la poesía de la nostalgia, el habla que oyó en su niñez en estos riscos de Antioquia en pláticas vividas con sus gentes o en las lecturas de los cronistas de Indias con que esmaltó de americanismos sus páginas soberanas.

Pero no fue Suárez sólo el filólogo perspicaz que aparece en estas breves muestras, sino que a la par brilla el humanista cristiano a quien las letras modelaron y le dieron aquella erudición y sabiduría, no de acarreo ni de imitación sino en función de cultura. Aquí tropezamos con otro vocablo engañoso que se ha prestado a funestas mixtificaciones. ¿Dónde si no, pulió y templó los aceros de las armas con que peleó las batallas de la fe y de la política?: Quevedo, Gracián, Saavedra Fajardo, el Padre Suárez, Vitoria, el Aquinate, Jovellanos y entre los antiguos, Cicerón, los padres de la Iglesia sobre todo San A-

gustín y por qué no la Política de Aristóteles y la República de Platón que bien pudo leerlas en versiones latinas o a través de sus mejores escoliastas y comentadores católicos?

Nuestra especie siente y sufre la angustia de la dispersión y está siempre anhelando armonizar aquella dualidad que es base de nuestra estirpe. Si la cultura tiene algún sentido, es ése, unificar. La mente cultivada ejerce esa función que ata y junta lo aparentemente diverso para darlo en síntesis o en unidad conceptual. Cultura es perfeccionamiento del hombre en cuanto tal y Suárez que se sabía predestinado o que Dios lo fue guiando ostensiblemente, prefirió hacerse culto y no fraccionar su persona con el señuelo de una especialidad, de una única dirección, para medro inmediato de una vida fácil y de regodeo. Ese desgarramiento del hombre que se impone para la mayoría, tentaría también a Suárez, pero prefirió vivir y consagrarse íntegramente al servicio del espíritu para reflejarlo en sus semejantes y por eso fue maestro, no sólo de aula, pero universal: enseñó, adoctrinó, ejemplarizó con el sacrificio de su tranquilidad y se inmoló sin egoísmos al servicio de su patria. No consentir una mutilación de su sustancia, de su doble sustancia espiritual y material, es la perennidad de la cultura que Alfonso Reyes ha simbolizado en el círculo: "La concebimos bajo la especie geométrica del círculo, la figura total y armónica".

Armonía que modeló a aquel hombre y de su entendimiento, de su memoria, de su corazón y de su voluntad, conjuntamente, salieron los destellos que ilustran su fama. Si un clásico se mide por el acuerdo de sus facultades sin que ninguna se mustie, pero graduadas de acuerdo con su categoría y ordenación humanas, en Suárez se cumplió cabalmente tal estructuración; entendimiento, juicio, razonamiento, abstracción, forjadas por los maestros del tomismo, practicó lo que una mente sana debe realizar en el campo del conocimiento. Su posición es la de un realismo aristotélico donde las sustancias nos son conocidas y de las cuales extraemos la esencia que llega a nuestra mente como especie espiritual en la cual contemplamos universalmente los seres y sabía cómo de un conocimiento podemos pasar a otro dentro de la férrea regla de un logismo natural y también cómo el mundo variable y movedizo de los fenómenos es observable y posible cautivar el principio de una inducción. Mente sin extravíos ni delirios, ni resabios de un subjetivismo que tantas ha extraviado. Sabe también de sus limitaciones y practica el principio socrático. Si conquistamos una verdad otras se nos presentan en fuga eterna desvaneciéndose en horizontes infinitos. La soberbia del espíritu, el endiosamiento del yo, no podían erigirse en aquella mente que se postra ante la divinidad de donde brotan verdades que nuestra inteligencia no puede abarcar. Ni la rebelión de Prometeo ni la airada queja del patriarca de Idumea.

Una imaginación sin freno lleva al delirio; pero hay también uno sano que lleva el misterio y da el toque evanescente del ensueño en las obras del artista. Cuando a Suárez lo arrebató la imaginación creadora y el recuerdo o la nostalgia de un pasado mejor lo aguijonea, crea mágicos lienzos donde pasa la naturaleza engalanada con colores y atavíos que cautivan el sentido y nos estremecen e iluminan con la

presencia de perdidas remembranzas que delatan nuestro origen divino.

Aquel archivo viviente de su memoria, donde anduvieron sin confundirse el dato exacto, la cita precisa, el hecho sugerente, la lectura tal vez desprevenida que se hizo al azar y que por obra de una misteriosa generación acarrea otras y marchan hacia finalidades insospechadas, crean síntesis sorprendentes. Sólo el recuerdo puro lleva una fecha dice el psicólogo. No era mecanización, simples hábitos motores. Era la vida intelectual que bullía en todos sus actos.

No se trata de ser dichosos sino de ser perfectos dijo Renán. También había dicho que los simples eran más dichosos. El complicado psiquismo de Suárez lo predispuso al sufrimiento y aún determinadas circunstancias que él invoca con frecuencia lo sumían en oscuros procesos sentimentales. "Admirables arcanos, había leído sin duda en Balmes, de nuestro corazón. Sedientos de placeres y disipados con su loco cortejo de danzas y de risas: la tristeza tiene para nosotros un indecible hechizo. Nuestra alma tiene en verdad el carácter de desterrada: sólo la afectan vivamente objetos tristes; y hasta los que andan acompañados de la bulliciosa alegría necesitan de hábiles contrastes que les comuniquen un baño de tristeza. La alegría no nos satisface; no llena nuestro corazón: lo embriaga, lo disipa por algunos momentos; pero el hombre no encuentra en ella su dicha porque la alegría de la tierra es frívola y la frivolidad no puede agradar al viajero que lejos de su patria camina penosamente por un valle de lágrimas". La educación sentimental juega tan gran papel y tan decisivo en la formación del hombre que Suárez no la desconoció e inspirándola en el ejemplo de la cruz y en el terreno propiamente humano le ayudaron a sostenerse en los instantes de zozobra, en la hora de los conflictos. El treno de sus pasiones, la ira santa y la indignación contra la maldad y la traición de sus enemigos le hizo arrojar flechas envenenadas contra ellos desnudándoles sus fealdades, pero nunca la acerbidad ni el ensañamiento. Otras veces su indignación retozaba en fino humorismo y en sátiras punzantes, pero no se supo que abrigara odios insanos, ni pasiones perdurables. Eran naturales emociones que brotaban de su delicada sensibilidad y segregaban entonces algún humor pasajero. Sus afectos filiales dejaron testimonios tan humanos que conmueven y dignifican el natural instinto a los progenitores. Y esa otra maternidad de la patria la llevó en su conciencia tan posesivamente que por ella abdicó una magistratura que nunca ambicionó y cargó sobre sus hombros el pesado leño de la ingratitud y las faltas de sus émulos. De Platón aprendió que el no saber hablar bien no sólo es en sí mismo un defecto sino que también acarrea perjuicios a las almas. El misterio del lenguaje en torno del cual cabilan los sabios y que Dios marcó como distintivo de la especie humana fue su permanente preocupación; ya lo hemos visto y cuantas veces se quería desconocer el mérito de su enseñanza argüía que el verbo nos hermana y que la lengua y los pastos espirituales de la palabra hablada o escrita son el mejor alimento del alma y acreditó con sus obras literarias "que el arte de bien hablar no es otra cosa que el sello impreso en la palabra por un alma vigorosa y equilibrada".

Si así se nos viene exhibiendo este hombre de pensamiento y acción tan vigorosas, por ahí podremos, sin equivocarnos, penetrar en su estilo que no es otra cosa que el alma misma del escritor. Aquella separación entre forma y fondo de los viejos preceptistas es cómoda pero falaz: "Que no está la forma respecto de las ideas en las relaciones de la vestidura con el cuerpo, sino en el cuerpo con el alma y aún en una relación más íntima, si más íntima puede imaginarse". Diríamos entonces que el hombre aparece en el estilo cuando lo es de verdad y no un comodín verbalístico. Desde el fondo de su propio ser, como de un rico hontanar, brota aquel estilo de Suárez, tan inconfundible, tan armonioso, tan rico y de tan artística nobleza. No lo subyugan las ideas a pesar de su claridad conceptual, de suerte que ni aún en los ensayos en que son claros los fines de enseñanza o en que aparecen las consecuencias de premisas férreamente lógicas, deja de sentirse la vida palpitante, el color de la afección o de la ira o de la burla o del sentimiento herido o de sus entusiasmos y arrebatos líricos o del fervor por sus ideas. Porque el clásico no es aquella entelequia, aquel abstraccionismo frío que geoméricamente exige la expresión. Quien juzga sobre medidas literarias de capilla o escuela ignora la función de la crítica, de la verdadera crítica que es ante todo ecuanimidad y rica sensibilidad para captar matices y penetrar en el alma del autor que ante todo es hombre, pero hombre de carne y hueso. La crítica debe preguntarse, como quería Unamuno, no qué ideas profesas, sino cómo eres? cómo vives?, si queremos indagar la originalidad. La naturalidad del estilo no es aquel desorden desazonado, aquel asistematismo, con que muchos escritores simulan originalidad, libertad y no sabemos cuántos otros esquivos atributos. La indocilidad del vocablo y la misma inestabilidad y bullente vida de las ideas exigen de quien las maneja rigurosas disciplinas, que lejos de ser impedimentos, son armas, recetas, secretos, palancas. Un duro bregar sobre el material lingüístico y un hondo y sosegado pensar, traen la resultante de la naturalidad, como la del agua que al quererla aprisionar se nos escapa grácil y dúctil sin lastimar nuestra epidermis. "Como bajo los pliegues de las estatuas antiguas se adivinan los músculos y la sangre y el movimiento". De los discursos de Demóstenes dijeron los chismosos atenienses que olían a aceite y sin pretenderlo hicieron el mejor elogio del enemigo de Filipo. "No hay azar en la obra de arte", escribió Baudelaire. Don Marcos con un algo de inmodestia refirió que su discurso sobre Jesucristo le había costado doce años de trabajo.

Pero nuestro humanista no tanto por su estilo y sus virtudes artísticas ha ganado ese título sino sobre todo por el fondo humano, por el sabor de vida que palpita en todas sus páginas. Con cuánta penetración sorprende el rasgo distintivo que en sus semblanzas históricas y políticas analiza: Nuñez, Caro, Cuervo, Reyes, Murillo Toro y hasta de los antiguos; con qué propiedad y agudeza nos traza la personalidad de Horacio en un prólogo famoso y el ser histórico y tradicionalista de nuestro pueblo en tantos esbozos y ensayos consumados. En los "Sueños", cuántos seres concretos, animados por rasgos singulares. Los "Sueños" como expresión literaria no son lo mejor logrado de su estilo, pero por lo demás, cuánta erudición y honda moralidad

en el discreto pausado de sus borrosos personajes. El diálogo es la manera más esquivada y cuyo dominio han logrado muy pocos. Platón, su insigne creador, parece que hubiera consumado sus posibilidades. Ni Tulio, ni Luciano, cínico y escéptico, escritor de la decadencia griega, lograron en ellos éxitos mayores. Los "Sueños" son un soliloquio: el único personaje es Suárez, multiforme y variado, quien sueña, increpa, amonesta y pasa revista con agudo sentido y fe de verdadero patriota a hechos recientes de la política, amén de tantas otras facetas sugestivas.

En su oración a Jesucristo nada tuvo Suárez que pedir a aquellos héroes magnánimos, ya sean víctimas de su pasión o del destino o de los imperativos de una vida donde se afirma la conciencia individual, sino a Jesucristo mismo triunfando y venciendo de la muerte: los héroes son grandes porque se someten a la voluntad divina. Cristo ha mudado nuestro destino, nos ha hecho partícipes del cielo. Las tres concupiscencias del apóstol son vencidas con el nuevo mandamiento; la muerte también lo ha sido. La verdadera alegría reina en los corazones. El dolor no es un mal, nos dice Suárez, tampoco el martirio "que es un dolor heroico al servicio de la verdad o la justicia, es fecundo en dicha porque produce la gloria". Ya no es ésta la idolatría de los mortales porque ha sido rectificadada. Nos corrige Cristo sin abatinos y nos manda a ser perfectos. A El volvió sus ojos cuando fue injustamente perseguido y qué grande aparece su ejemplo que amoldaba al Dios humanado. No es un Dios lejano, encumbrado en lo inaccesible, sino individualizado tal lo llama él mismo: "Hermano adorado y amigo dulcísimo". Su alma rendida de tanto batallar descansaba a la sombra de la Cruz y cuando el ángel de la muerte lo rozaba con sus alas se transfundía en un sentimiento que lo unía a la divinidad y quedaba en paz metido en las llagas de Cristo.

Bajo esa cúpula iluminada con destellos celestiales que levantó en su Oración a Jesucristo, duerme Marco Fidel Suárez el sueño de la eternidad.